

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



RUTH ROLAND

CUADERNO Nº 43

35 Cts.

EL PRÓXIMO CUADERNO

Monroe Salisbury

El famoso actor creador de una nueva orientación al cine drama : Su relevante personalidad artística : Sus impecables creaciones : Anécdotas pintorescas : Detalles curiosos de su vida

EN PREPARACIÓN

GRACE CUNARD : JACK PICKFORD

ALLA NAZIMOVA : OSSI OSWALDA

TAPAS ESPECIALES

en tela y oro, ricamente decoradas, para encuadernar el primer volumen de

TRAS LA PANTALLA

PRECIO: 1'50 PESETAS

Que también mandaremos fuera de Barcelona, previo el envío de dicha cantidad por Giro Postal o en sellos de correo, con un aumento de diez céntimos por gastos de franqueo. Si se desean certificadas, deberá remitirsenos 35 cts.

Tapas y encuadernación: 2'50 pesetas para los lectores de la Capital

Dirigirse: CALLE BRUCH, 3, BARCELONA
y a todos los corresponsales de esta publicación

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

RUTH ROLAND

POR

MICROMEGAS

**RUTH ROLAND, UNA DE
LAS ARTISTAS MAS IN-
QUIETAS DE LA PANTA-
LLA. SU ARTE, AUDAZ Y
: : : : SUGESTIVO : : : :**



os hallamos ante una de las artistas más inquietas de la pantalla.

Ruth Roland, por su audacia y por su nerviosidad y por su inquietud, personifica el tipo de la artista de series. Es algo parecido a Pearl White, sólo que sin su concepto tan elevado del arte. Es algo parecido a Carol Holloway, sólo que sin ese aspecto rural que caracteriza a la compañera de William Duncan y Antonio Moreno.

La artista de que nos ocupamos, nos encanta, sobre todo, por su nerviosidad, por ese dinamismo extravagante que la obliga

a moverse con tan extraordinaria rapidez en las películas de series.

Nos gusta mucho también por un gesto de superioridad, que se observa en alguna de sus creaciones y que nos obliga a ver en ella una joven muy culta, llena de esa cultura profunda que se da en América a las jóvenes.

Además, Ruth Roland, es elegante, con una elegancia llamativa, muy de artista o de cocota.

En las películas se nos aparece perfectamente vestida, ostentando en sus trajes de *soirée* unos escotes exagerados y unos collares de perlas de grandes dimensiones.

Es bella, con una belleza a la vez alada y sensual y este es uno de los motivos principales de su triunfo en las películas. Pero sobre todo esto, lo que predomina en su carácter, lo que un biógrafo se ve obligado a hacer constar antes que nada, es el temperamento inquieto y nervioso de la actriz, que líneas atrás hemos mencionado.

Sobre este particular, un periódico americano nos habla en la siguiente forma:

«Ruth Roland es una de las mujeres más inquietas que se conocen en el mundo de la pantalla, y el mayor suplicio que le pudieran imponer sería el de obligarla a permanecer inmóvil un minuto.

Ríe, salta, juega, habla sin parar nunca.

Su sistema nervioso debe tener exceso de electricidad.

Para mal de mis pecados — dice el colega — fui a entrevistarla en uno de esos días suyos en que ella estaba en plena actividad, y... claro, sólo ella fué la que habló, pero con un desorden tan pintoresco, que cuando quise reconstituir la entrevista no fui capaz de saber por dónde empezar.

Sólo me acordaba de tres discursos.

El primero sobre feminismo.

— Yo soy feminista — dice ella. — No hay derecho a que los hombres hagan todo y lo gobiernen todo. Yo tengo tanto derecho a votar como el hijo de mi vecino. Pero, tome nota, soy contraria a las feministas feas, viejas, solteronas y antipáticas... El feminismo debe ser para las mujeres bonitas. Por ejemplo, en el Parlamento, que yo creo no servir para nada, ellas habían de poner una nota decorativa... Ahora que, pensando bien, las gentes no ven la necesidad que las mujeres tienen de votar. Yo soy feminista, es cierto, pero usted comprenderá muy bien que no me da gran cuidado que las cosas continúen como están...

Después disertó sobre ejercicios físicos, y dijo:

— El mejor Gobierno será aquel que imponga el servicio obligatorio de los ejercicios físicos. El valor de una nación se aquilata por la salud de sus hijos. Yo, la primera cosa que hago al levantarme por las mañanas, es pasar a mi sala de gimnasio,

donde hago toda clase de ejercicios, y a esto debo, seguramente, la inmejorable salud de que disfruto. Sólo que, señor periodista, usted y yo conocemos gente con más salud que la mía y que no han oído siquiera hablar de gimnasia...

Luego habló sobre amor.

— ¡El amor! ¿Pero usted cree que existe el amor?... El caso es que yo también lo creo y me figuro que debe ser una cosa muy agradable amar y ser amada.

Fueron las tres cosas que yo pude sacar en limpio — termina el periodista mencionado, — pero que no resultan tan limpias ni tan claras como hubiera sido mi deseo... Y fueron pronunciados esos tres discursos entre un torbellino de asuntos que entraron en la conversación, tales como la gripe o la plantación de las bananas..."

SAN FRANCISCO DE CA-
LIFORNIA, PATRIA DE LA
ESTRELLA. LA INFANCIA
: : : : DE RUTH : : : :

Ruth Roland nació en San Francisco de California, hace unos veintisiete años.

No fué su niñez una niñez luminosa, de esas que hacen presagiar una larga carrera de triunfos. Lejos de eso. Hija de padres modestos, pues su progenitor no era más que un simple empleado de una importante casa comercial de San Francisco, la pequeña Ruth fué criada, eso sí, con todo género de cuidados y atenciones, pero en medio de un ambiente modestísimo, poco propicio a que se desarrollasen en ella los locos sueños de ambición.

En vez de mandarla al colegio, como iban las otras niñas de su edad, la madre de Ruth, temiendo siempre por la salud de su hija, se dedicó ella misma a enseñarle las primeras letras y a darle las primeras rudimentarias lecciones de enseñanza.

Fué algunos años más tarde, cuando sus padres, comprendiendo que la niña no podía continuar en aquella ignorancia ejemplar, hicieron enormes sacrificios pecuniarios para lograr matricular a su hija en uno de los elegantes colegios de la ciudad.

Y Ruth, que no conocía otros horizontes que aquellos limitadísimos que sus padres le habían ido enseñando, se encontró un

poco cohibida en aquel colegio aristocrático, donde había unas muchachitas que continuamente hablaban de los millones de sus papás, de las fábricas de sus papás, y de los automóviles de sus papás.

La pequeña Ruth se sentía inferior a sus compañeras, y llegó a odiar con toda su alma las horas de recreo, que lejos de ser de recreo para ella, eran las horas que más le molestaban, al ponerse en contacto con sus orgullosas compañeras. Y en esas horas tediosas, mientras las otras niñas jugaban en el jardín y las mayorcitas se reunían debajo de algún arbolillo para hacerse ingenuas confidencias, Ruth estudiaba en aquellos horribles libros de texto las asignaturas que el día de mañana le servirían para ganarse la vida, aliviando un poco de ese modo el vivir, lleno de estrecheces, de sus padres.

Era el estudio su distracción y su gran afán. Y ese fué el poderoso motivo que puso en condiciones a la pequeña Ruth de abandonar el colegio, con sus estudios completos, cuando sus compañeras de clase se hallaban todavía a la mitad.

El día que dejó de sentarse sobre los bancos de aquellas aulas fué el verdadero día feliz de su vida. Estaba satisfecha de haber logrado su independencia, de poder, en adelante, servir de ayuda a sus padres.

**EN SAN FRANCISCO DE
CALIFORNIA, LA COLE-
GIALA SE DEDICA A LAS
LABORES MERCAN-
TILES. ESTAS FAENAS
ABRUMADORAS TIENEN
EN NUEVA YORK UNA
: : : CONTINUACIÓN : : :**

No bien salió el colegio, Ruth Roland empleó todas sus energías y toda su audacia — aquella audacia de que en ocasiones daba muestra — en ayudar a sus padres, resarciéndoles de este modo de los grandes sacrificios que se habían visto obligados a hacer para darle educación.

Estos proyectos de la jovencita recién salida de las aulas no tuvieron buena acogida por parte de los autores de sus días, pues



Ruth Roland

Caricatura de Stres

el buen matrimonio había soñado para Ruth con una existencia diferente de la suya.

Pero tanto se obstinó la muchacha y tanto afán demostró por trabajar, que su padre se vió en la necesidad de solicitar de sus jefes una colocación para su hija.

Y la pequeña Ruth entró a formar parte del personal de aquella importante casa mercantil de San Francisco de California.

Fué destinada al escritorio, y los primeros días de su empleo fueron para la joven unos días febriles, en los que sus nervios se hallaban siempre en tensión, ante el temor de hacer mal el trabajo que le habían encomendado.

Poco a poco fué adquiriendo su ánimo la serenidad necesaria para cumplir perfectamente sus obligaciones, y bien pronto Ruth Roland fué citada en aquella casa como modelo de empleadas.

Y, seguramente a estas fechas, la que hoy es artista cinematográfica de renombre, continuaría en aquel puesto, a no ser por una circunstancia imprevista que turbó la marcha de los acontecimientos.

Hasta entonces Ruth Roland no había examinado su carácter. No se había preocupado de analizar su psicología. Cuando se asomó al fondo de su alma, se quedó estupefacta. No. Ella no tenía madera de empleada, ella no había nacido para vegetar tristemente en un escritorio, haciendo todos los días una labor mecánica, sin otros ideales que casarse con un tenedor de libros y hacer un viaje de bodas por las poblaciones más importantes del Oeste.

Ella quería correr mundo, ver ciudades nuevas que la atrajesen con el prestigio de su fama.

Ella quería, sobre todo, salir de aquel monótono vivir, que la aplastaba ya con el peso espantoso de su vulgaridad.

Y, sin encomendarse a nadie, siguiendo solemnemente los impulsos de su temperamento inquieto y ávido de aventuras, una noche planteó el problema en su casa.

— Yo no quiero seguir más tiempo en esa colocación. Dentro de dos o tres días me marchó a Nueva York. Sólo espero a conseguir unas cuantas cartas de recomendación, para abandonar para bastante tiempo esta ciudad.

Todas las advertencias, todos los consejos de los padres, asustados, pero halagados en el fondo por aquel carácter independiente de la muchacha, se estrellaron contra su tozudez.

Iría a Nueva York, donde la vida, además de ofrecerle mayores encantos, se le mostraría más fácil que en San Francisco de California. Y consolaba al buen matrimonio con la promesa de enviar dinero abundante para sufragar los gastos del pobre hogar.

Partió, porque nada podía detenerla. Partió para la inmensa

ciudad de vértigo, cuyas casas gigantescas tienen el nombre orgulloso de «rascacielos».

Fueron duros los primeros días para la obrerita que iba allí en busca de trabajo. Las fondas económicas de los arrabales, donde se hospedan los emigrantes que llevan en sus ojos una llama de ilusión, supieron de su paso menudo por ellas. Y también supieron de sus gestiones las alfombras de los grandes despachos mercantiles, donde un secretario muy estirado recibía siempre a la aspirante, sin permitirle hablar con el jefe y dando una repulsa suave a sus pretensiones.

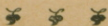
Pero como en este mundo todo llega, llegó por fin para la ingenua Ruth el momento deseado de entrar como secretaria taquígrafa en el despacho del director de una importantísima entidad bancaria, que se hallaba situado en el piso treinta y dos de un soberbio rascacielos.

Ruth Roland se sentía algo amilanada en su nuevo empleo. No acababa de acostumbrarse a todo aquel aparato de subir cada mañana los treinta y dos pisos en el lujoso ascensor, donde otros empleados la acompañaban casi siempre, dándole con sus risas un poco de ánimo en la para ella peligrosa ascensión.

Se acostumbró al fin, y al cabo de unos meses de sobresaltos continuos, Nueva York llegó a serle tan familiar como San Francisco. Ya subía en el ascensor sin miedo a estrellarse a la altura del piso veintiocho o treinta. Ya paseaba de prisa por las calles de Nueva York, llevando siempre la acera derecha para que ningún *policeman* pudiese llamarle la atención. Ya sorteaba perfectamente las largas hileras de coches, autos y tranvías, que al principio la aturdían con sus ruidos trágicos y sus velocidades de vértigo.

Y los domingos, ese día tan amable para los empleados de comercio, la improvisada neoyorquina hacía excursiones a Long Island o se iba a jugar al tennis con varios compañeros y compañeras de oficina, gozando lo indecible con estas horas alegres de libertad, que le resarcían del trabajo abrumador de toda una semana.

Y en el modesto hogar de San Francisco no faltaba ningún lunes el giro semanal, con que Ruth trataba de pagar los sacrificios que sus padres habían hecho para darle la educación a que debía su bienestar presente.



**DE CÓMO RUTH ROLAND
SINTIÓ NACER EN SU ES-
PIRITU UN ENTUSIASMO
DESMESURADO POR EL
::: CINEMATÓGRAFO :::**

Hay en la vida de Ruth Roland algo que podríamos calificar de predestinación cuando llega al momento en que la actriz eminente sintió la tentación de la pantalla.

Nada hacía suponer esta determinación suya, de dedicarse al arte mudo. Sus padres, sus compañeros, sus amigos no sospechaban ni remotamente que aquella joven que cumplía tan a la perfección sus tareas mecánicas del despacho, que sumaba con deleite largas hileras de números, guardase en el fondo de su alma un caudal de sueños y de inquietudes, más propio de una muchacha romántica, amiga de leer novelas, que de una joven trabajadora, que trabajaba heroicamente para atender, no sólo a sus necesidades, sino también a las de sus padres.

Sin embargo, el milagro se realizó.

¿Habrà que creer en la extraña teoría de que las almas de los muertos se introducen en los cuerpos de los que nacen? ¿Habrà que pensar en si el alma de una artista de circo, intrépida y nerviosa, animó el cuerpo de Ruth?

Lo cierto es que la taquígrafa se apasionó por el cinematógrafo. Todas las tardes, a la salida del despacho, se metía en un cine hasta la hora de cenar. Volvía a la casa de huéspedes y de nuevo el cine la atraía con una atracción más poderosa que su voluntad.

Llegó a conocer de memoria los gestos más insignificantes de cada actor y de cada actriz del arte mudo. Hasta la labor de los comparsas no pasaba desapercibida para su afán de observación.

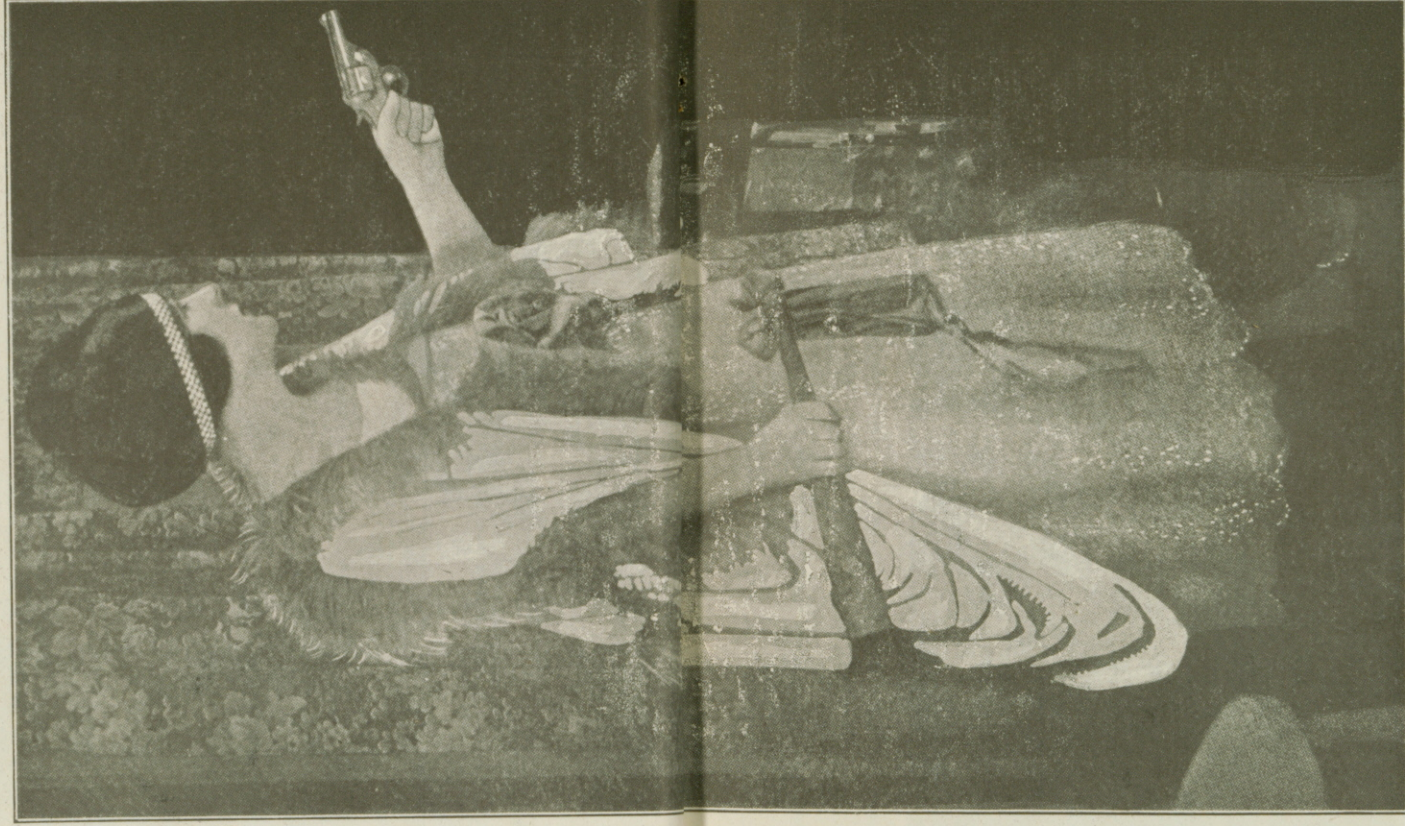
Y, sucedió lo que hoy sucede a tantas jovencitas que suspiran por ser artistas cinematográficas. Ruth Roland ya no tuvo más que un pensamiento perenne, que acabó por ser para ella una obsesión: sería artista de cine. Triunfaría en la pantalla, alejándose de la vida monótona, como una llanura, que ahora llevaba.

Y se gastó su sueldo en comprar revistas y libros que hablasen del modo de formarse un artista, que explicasen con todo género de detalles la vida íntima de los actores cinematográficos y las interioridades de aquel tinglado de la farsa muda, que para ella era un misterio inquietante.

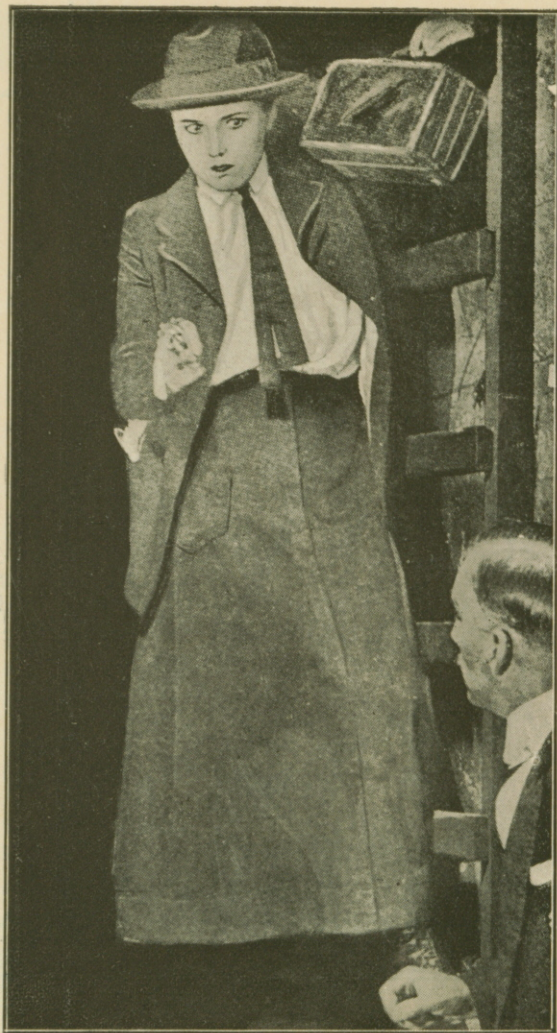


Ruth Roland en «Las aventuras de Ruth»

— LAS GRANDES ESTRELLAS DE LAS SERIES



Ruth Roland en "Las aventuras de Ruth"



Ruth Roland en « Las aventuras de Ruth »

Al poco tiempo ponía cátedra de estas materias en el despacho de la importante entidad bancaria donde prestaba sus servicios.

Y, algún tiempo después, olvidando por completo su ansias de trabajo para mantener a sus padres, solicitaba una plaza de comparsa en la manufactura Biograph.

Fué éste el primer paso dado en la carrera que tan brillantemente había de seguir.

Sus directores no se dieron cuenta exacta de todo lo que valía aquella muchacha, que sabía vestir con elegancia y desenvoltura, que cultivaba los deportes como cualquier señorita «bien», merced a los años pasados en el aristocrático colegio de San Francisco.

Y Ruth trabajó cuatro o cinco veces de comparsa en la Biograph, sin ver satisfechos sus sueños de figurar en las películas en un lugar distinguido.

Ya desconfiaba de poder lograr sus ambiciones cuando la casualidad vino en su ayuda.

La Biograph presentó de prueba una de las películas en que la joven había tomado parte. Y Ruth fué al teatro, ávida de contemplarse en el lienzo. Y se vió y se gustó, pues su elegancia natural se destacaba del grupo de sus compañeras, que parecían agobiadas por la vulgaridad.

Lo extraño del caso es que no solamente a ella misma se gustó. Hubo también un personaje muy influyente en la cinematografía de Yanquilandia a quien también agradó la labor insignificante que en la película realizaba la nueva comparsa. Era el director de la manufactura Kalem, que con su ojo experto descubrió en seguida en la joven aptitudes notables para ser aprovechadas en el lienzo.

Y allí mismo, en aquella sala, cuando se hizo la luz, el referido director preguntó por la artista novel. Y se la presentaron. Y en el misterio amable de un antepalco, el hombre ducho en tratar con artistas dijo a la principiante:

—Me ha gustado su trabajo y creo no equivocarme al afirmar que se puede sacar partido de usted. ¿Quiere usted someterse a mi dirección y empezará a hacer papelitos para la Kalem?

Ruth Roland aceptó encantada, y aquel mismo día quedó contratada para trabajar inmediatamente, cobrando veinte dólares cada semana.

Trabajó la muchacha a conciencia, deseando labrarse un porvenir en el arte nuevo, y no tardaron sus deseos en verse satisfechos.

El director de la Kalem se convenció bien pronto de que en Ruth había mucha más materia aprovechable de la que el sospechaba.

No se hallaba solamente ante una damita joven delicada y elegante, sino que también Ruth reunía cualidades excelentes, por su arrojo, por su temeridad y por su dinamismo, para sobresalir en películas de aventuras, en esas películas en que el actor o la actriz

que interpretan los principales papeles se juegan muchas veces la vida.

Las pruebas que se realizaron para comprobar hasta dónde llegaba la audacia de la joven, tuvieron un resultado definitivo.

Y, a los pocos meses de hallarse en aquella manufactura, que tan generosamente le había abierto sus puertas, ya figuraba Ruth Roland en una película titulada «The Chance Shot», que la consagró como una actriz valerosa y femenina al mismo tiempo.

Por espacio de siete años permaneció la joven artista en el elenco de la Kalem, como una de sus estrellas favoritas, y todavía hoy piensa con nostalgia en aquellos tiempos en que un director experto, descubrió toda el alma de artista que encerraba su cuerpo airoso y grácil.

**CON PATHÉ. UN CON-
TRATO TENTADOR. RUTH
SE CONSAGRA DEFINITI-
VAMENTE COMO ARTIS-
: : : TA DE SERIES : : :**

Ruth Roland hubiera seguido mucho tiempo más en los estudios de la Kalem, que ya le eran familiares, si su nombre no se hubiera hecho tan famoso.

Pero, diariamente, los directores de otras manufacturas la asediaban con proposiciones tentadoras para trabajar en sus producciones, y los propósitos que la actriz había alimentado en un principio, de morir de vieja en medio de aquellas paredes cobijadoras, fueron poco a poco perdiendo su firmeza, roídos sus cimientos por aquellas promesas halagadoras, en las que los dólares cantaban una canción que hablaban de placeres y comodidades sin fin.

Y Ruth Roland se dejó vencer.

La casa Pathé fué la que más cerca trabajó de la actriz y la que más seguridades le dió para abandonar la Kalem, en donde transcurrió su aprendizaje.

Diez mil dólares por cada película de series en que ella diese vida al rol de protagonista, y un contrato por dos años bastaron para decidir a la actriz.

Y un día, con sentimiento, Ruth se marchó de la Kalem para

ir a reforzar con su figura prestigiosa el formidable elenco de la casa Pathé.

En esta última manufactura fué donde la artista desplegó toda su inteligencia, todo su arte, toda su temeridad, para imponer aún más de lo que estaba su nombre en el mercado cinematográfico del mundo.

Fué aquí donde realizó sus mejores creaciones, viviendo en la pantalla los principales papeles de series tan emocionantes como «La huella del tigre», «Las aventuras de Ruth» o «El pacto de los tres».

El cronista cinematográfico de *The Morning Telegraph*, diario neoyorquino, que dedica páginas especiales a las actividades de la escena mimica, a raíz de la filmación de esta última interesante película, interpretada por Ruth Roland y Jorge Larkin, pidió a la actriz algunas impresiones de la obra.

Helas aquí:

«—¿Qué por qué no trabajo en otra clase de películas?

Sencillamente, porque no me gusta.

Las series tienen para mí todos los atractivos que puede desear una mujer para satisfacer sus mayores caprichos.

Se ejercita en ellas una especie de delirio de grandeza, que envuelve a la heroína con una simpática aureola de triunfo.

Yo, que soy un atado de nervios, he logrado dominar mi temperamento, realizando las hazañas que mis directores indican y a las cuales yo misma me someto.

Todo lo que atrae con su cortejo sensacional y encantador de luchas y de esfuerzos, de sobresaltos y de originalidades, que realmente dan miedo, apesar de que una sabe que son ficticias, me enamora y se adueña de mi ser entero.

Esta película «El pacto de los tres» ha sido para mí la más hermosa y a la vez la más cruel.

A cada instante tenía mi vida en peligro.

Figúrese, que en una de las escenas, en las cuales tengo que habérmelas con un tigre sanguinario y con indios horriblemente salvajes, a pesar de mis prestigios de domadora no pude evitar un zarpazo de la fiera.

Estaba en su jaula, sola, completamente sola, y expuesta a los caprichos de aquel rey de las selvas de Sumatra.

Pathé, que asistía al acto, hizo colocar unas redes eléctricas para poder evitar cualquier «caricia» demasiado espontánea del animal.

Pero, la escena aquella estaba revestida de tanta naturalidad y realismo, que los servidores de la máquina eléctrica se quedaron embelesados presenciando mi atrevimiento.

Cuando mis gritos de socorro llenaron de terror a los circunstantes y se ponía en función el magneto de adormecimiento, yo sangraba y caía exánime en tierra.

Así como éste hay la mar de incidentes en la filmación de esta serie que ha puesto a prueba mis habilidades y experiencias de amazona y mis cualidades de *sportwoman*.

Jorge Larkin, mi compañero, ha tenido también sus percances sensacionales, y si no fuera por él, debo confesarlo sin ambages, yo ya no existiría, pues gracias a su serenidad y a su valentía me salvó infinitas veces de las garras de la muerte en el transcurso de la filmación de esta película.»

Ha trabajado Ruth en las películas de series con muchos actores, pero con ninguno se ha compenetrado tanto, con ninguno sintió tan punzante el deseo de trabajar y de sobresalir, como con este Jorge Larkin de que se ocupa el periódico neoyorquino.

Una amistad sincera une a los dos artistas. Pero esta amistad sólo existe fuera del estudio, cuando la voz del director ordenando el descanso, pone una tregua en la labor de los actores.

Mientras se hallan en las galerías o moviéndose frente al objetivo, hay entre ellos una especie de rivalidad, casi de hostilidad.

Valientes los dos hasta la exageración, ponen un empeño especial en asombrarse el uno al otro con sus alardes de valor inauditos, que hacen temblar al director y a los demás artistas de la compañía.

Y, solamente cuando abandonan sus tareas ante la cámara, es cuando los dos rivales en el trabajo se estrechan las manos cordialmente y se van a comer, como dos buenos camaradas, a cualquier restaurant de moda.

Sin embargo, contra lo que podría suponerse por este afán de emulación, ningún amor unió a los dos jóvenes.

Tal vez nunca ha pasado por sus cerebros la idea de que podrían amarse y ser felices, y mientras tanto esta idea no va a turbarles el sueño, se ofrecen el uno al otro una amistad franca y leal, en la que cada uno de ellos está dispuesto a jugarse la vida para salvar al otro de la muerte.



Ruth Roland

Dibujo de E. Astor

**CÓMO TRABAJA LA ES-
TRELLA ANTE EL OBJE-
TIVO. EN SUS RATOS DE
OCIO CULTIVA TODOS
::: LOS DEPORTES :::**

Ruth Roland trabaja ante el objetivo de un modo febril e intuitivo, dejándose llevar siempre por el instinto.

No es ella de esas artistas que siguen estrictamente las órdenes de sus directores, que no se atreven a moverse mientras no oyen su voz poderosa dominando todos los ruidos.

No. Los directores que se ven obligados a guiar a Ruth en su trabajo, se desesperan al ver que la artista no les hace caso, que se desentiende de ellos, haciendo solamente lo que le mandan sus nervios. Y sólo le perdonan estas espontaneidades suyas cuando ven, al proyectarse las escenas, el hermoso efecto que han de causar al espectador las independencias de carácter y la febril nerviosidad de la intrépida actriz.

Sobre todo, cuando Ruth se halla en su elemento, cuando siente de verdad el papel que se le confía, es en las escenas de exteriores, al encontrarse ella al aire libre cabalgando sobre un brioso corcel o descolgándose por una cuerda al fondo de un barranco.

Diríase que el peligro la anardece, la llena de una bárbara alegría y centuplica su valor, como si quisiese bañarse en aquella atmósfera de miedo que rodea a todos los circunstantes cuando ella desempeña a conciencia el rol de una película.

Se olvida entonces de la máquina, del director, de sus compañeros, del lugar donde se halla, y sólo piensa en complacer a ese pequeño salvaje que lleva dentro y que le obliga a lanzarse a las locas aventuras.

Muchas veces, cabalgando sobre un nervioso caballo de las praderas del Oeste, se olvida tanto de todo lo que le rodea, que con frecuencia se sale del radio de acción del objetivo y sus directores tienen que correr detrás de ella para avisarle que está desempeñando un trabajo primoroso, y no gustando el placer de galopar, como una moderna amazona a través de los bosques umbríos.

Y, mal de su grado, la actriz se somete a aquellas órdenes terminantes que le obligan a volver a la realidad.

Igual es en su vida íntima.

Nerviosa en extremo, se entrega a todos los deportes apasionadamente, sin método alguno, como hacen con todas sus cosas. Este ejercicio continuo y desordenado presta a sus miembros un vigor de acero y acrecienta cada día esa energía terrible y esa voluntad indomable que son sus características.

Esa energía y esa voluntad que le han dado el triunfo.

**EL ÚNICO AMOR DE
RUTH. ENGAÑADA RES-
PECTO A SUS SENTI-
MIENTOS, LA ACTRIZ
PIENSA EN EL DIVORCIO**

Fué a los cuatro años de haber entrado en la Kalem cuando Ruth Roland sintió nacer en su pecho el primer amor de su vida.

Se enamoró perdidamente de Salvador Wolf, un joven que tenía un importante cargo en la Administración de la manufactura mencionada.

Ruth creyó que había llenado todos los ideales de su vida con aquel amor que inundaba su alma, y se casó con aquel joven.

Pero pronto el tiempo se encargó de demostrarle que se había equivocado en sus sentimientos y que lo que ella creía amor no era más que deseo o capricho.

Salvador Wolf gustaba de exhibir a su esposa por todos los lugares céntricos, alardeando de ser el esposo de la actriz de moda, y, en cambio, martirizaba a su mujer con celos continuos, pero no le ofrecía una vida de independencia para que ella pudiese abandonar aquel arte donde había de estrechar a otros hombres entre sus brazos.

Y Ruth Roland, espíritu muy moderno y muy refinado, se cansó pronto de aquella tiranía encubierta y optó por separarse de su marido, buscando en su arte un refugio para esconder aquel engaño que había traído aparejado consigo su primer amor.

Y vino el divorcio inevitable, y cada uno de los esposos tiró por diferente camino, satisfecho cada cual de haber recobrado su tan codiciada independencia.

Desde aquel fracaso sentimental, no se sabe que Ruth haya vuelto a querer a otro hombre, y su corazón permanece insensible a los halagos de la pasión.

MICROMEGAS



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	España y Portugal:	18 ptas.	- Extranjero:	25 ptas.
» semestral	»	9	»	12'50
» trimestral	»	4'50	»	6'25

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

Juan Pérez. — Barcelona. — Mary Miles Minter, soltera. Nada de español. Por poco que pueda en francés. Antonio Moreno, también soltero. ¿Pero qué no leyó su biografía?

José Trallero S. — Zaragoza. — Se le enviaron las tapas. La protagonista de la película "Cruel Orgullo" se llama Emmy Wehlen. De las biografías que le interesan ya habrá observado que ha aparecido alguna.

Antonio Merino. — Albacete. — Indique si lo que le conviene saber son las direcciones de las casas productoras o editoras o bien las que compran con exclusiva para determinados países.

George B. Seitz II. — Coimbra. — Puede Vd. suscribirse en la forma que menciona. Las biografías a que se refiere irán apareciendo. Estamos aguardando las direcciones de los artistas por quien pregunta.

Ferruccio Rosini. — Manresa. — Gracias por las atenciones que le merece «El noi del Prat». En su día le servimos ya cumplidamente.

Juan Reig. — Tarrasa. — Usted ha acertado. Precisamente es nuestro propósito una vez editadas las postales «Estrellas del Lienzo» confeccionar un lujoso album para poderlas colocar debidamente. Gracias por sus alabanzas.

Carmen y Pepita. — Barcelona. — En nuestra administración, Bruch, n.º 3; en casa nuestro agente exclusivo en Barcelona, D. S. Vilella, Barbará, n.º 15 y en muchos kioscos de la ciudad, entre ellos el de la Plaza de Urquinaona y el de la Ronda de S. Pedro (chafalán Bruch), encontrarán Vds. números publicados y en particular el cuaderno a que hacen referencia.

Francis Red. — Ciudad. — Bebé Daniels, «Famous Players, Lasky Corporation 485, Fifth Ave.» New-York. Muchas gracias por el interés que se toma por «El noi del Prat». Ya está servido.

El verdadero lector. — Barcelona. — Muy al contrario; hemos leído su carta con verdadero placer. Ello nos demuestra el interés que se toma el público por nuestra publicación y a las estrellas que irán desfilando por sus páginas, no ya en orden de méritos, sino escalonadas en orden a las diferentes nacionalidades a que pertenecen y en los géneros y matices en que se distinguen.



TRAS LA PANTALLA

Galería de Artistas Cinematográficos

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES, PORTUGAL, ÁFRICA
(POSESIONES ESPAÑOLAS) Y EN EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en
casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 céntos.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición.
— N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición. —
N.º 5 Charles Ray. — N.º 6 William Duncan, 2.ª edición. — N.º 7 Pearl White,
2.ª edición. — N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max
Linder. — N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 Maria Wal-
camp. — N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia. —
N.º 17 Roscoe Arbuckle (Fatty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S.
Hart. — N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy
Dalton. — N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore.
— N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick.
— N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadernada de este primer volumen: 12'50 pts.

N.º 32 Antonio Moreno
» 33 Huguette Duflos
» 34 Leon Mathot
» 35 Henny Porten
» 36 Tom Mix
» 37 Carol Holloway

N.º 38 Tullio Carminati
» 39 Geraldine Farrar
» 40 Frank Mayo
» 41 Maria Jacobini
» 42 Harry Carey

ACABA DE PUBLICARSE

la Serie B. de **ESTRELLAS DEL LIENZO**, magnífica colección de pos-
tales de artistas cinematográficos, compuesta de los artistas EDDIE POLO, VIVIAN
MARTIN, THOMAS MEIGHAN, ELSIE FERGUSON, WILLIAM S. HART. — Va pu-
blicada la Serie A: FRANCESCA BERTINI, WALLACE REID, BILLIE BURKE,
TOM MOORE, RUTH CLIFORD. — Precio: 20 céntos. cada una y 90 céntos. la serie.

Los encargos de fuera Barcelona los serviremos, previo el envío de su importe por Gi-
ro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 céntimos por cada remesa.

Certificados, 35 céntimos.

Depósitos para la venta: Bruch, 3, Barcelona; Pretil de los Consejos, 3, Madrid,
y en todas las principales Papelerías y Librerías de España.